

Eugenio Ímaz: un filósofo reunido

RAMÓN ÍMAZ FRANCO

Universidad Nacional de Educación a Distancia

De los dioses: el tener buenos abuelos
(M. Aurelio, *Med.*, L. I, 17)

A tres años vista, seguimos hoy celebrando la aparición de las *Obras reunidas* del filósofo donostiarra Eugenio Ímaz Echeverría (San Sebastián, 1900-Veracruz, 1951), publicadas en dos volúmenes por El Colegio de México (2011)¹, con ocasión del sesenta aniversario de su fallecimiento, uno de los dos hogares intelectuales del pensador durante su destierro mexicano. Dos tomos en los que se recoge la práctica totalidad de su producción original ordenada conjugando criterios cronológicos y temáticos. Bajo el encabezamiento de «Ensayos y notas», el primero de ellos (691 pp.) se inicia con los escritos (ensayos, presentaciones, introducciones, etc.) correspondientes al periodo anterior a la Guerra Civil española (1933-1936) agrupados bajo tres epígrafes que identifican las revistas en las que publicara Ímaz: *Cruz y Raya*, de la que fue secretario, *Diablo Mundo* y *Revista de Occidente*. A éstos les siguen una nueva edición de su obra *Topía y utopía*² así como de la póstuma *Luz en la caverna*³, entrambas, recopilaciones de textos breves y misceláneos. El volumen se cierra con unas «Páginas adicionales», en las que se incluyen otros textos de muy diversa procedencia e índole (*España peregrina*, *Letras de México*, *Cuadernos Americanos*, etc.), y con dos entrevistas periodísticas de gran valor. En el segundo (571 pp.) se agrupan las obras del filósofo relativas a las dos principales áreas de estudio y dedicación intelectual durante la última etapa de su exilio americano: el pensamiento del portentoso erudito y pensador historicista alemán Wilhelm Dilthey (1833-1911) y la Psicología (dos campos, como se sabe, íntimamente relacionados). Abre este libro *Asedio a Dilthey. Un ensayo de interpretación*⁴, trabajo que anticipa *El pensamiento de Dilthey. Evolución y sistema*⁵, la obra imaziana más académica y orgánica, que le sigue⁶. A

¹ Las referencias de localización de las acotaciones de este texto se consignan con las iniciales OR seguidas de indicación de volumen (I/II) y de las páginas correspondientes.

² Primera edición en FCE, 1946.

³ Primera edición en FCE, 1951.

⁴ Primera edición en El Colegio de México, 1945.

⁵ Primera edición en El Colegio de México, 1946.

⁶ Éste es el texto crítico-filosófico más importante de Ímaz. Para calibrar su valor, Javier Garcíadiego, introductor de estas *Obras reunidas*, se hace eco de las palabras del historiador exiliado José Miranda, quien ya avisaba en 1951 de que se trataba de «el primer gran estudio sistemático sobre Dilthey hecho por un pensador hispanoamericano» («Presentación», OR, I, pg. 28), un juicio que en el momento presente se nos antoja ya un tanto parco si atendemos al parecer de otros estudiosos. Así, por ejemplo, Alain Guy constata a este respecto que «Obsérvese que en la fecha de su aparición, *El pensamiento de Dilthey* fue la primera obra del mundo en tratar el conjunto del diltheyanismo» (*Historia de la Filosofía Española*, Barcelona, Ed. Anthropos, 1985, pg. 485).

continuación, y bajo el epígrafe de «Otras páginas sobre Dilthey», se presentan al lector otros trabajos menores sobre el pensador germano, sección que deja paso a unas finales «Páginas sobre Psicología» que albergan todo lo publicado por Ímaz sobre una disciplina a la que consagró buena parte de su actividad docente en América. Como anexo, se aporta una «Bibliohemerografía» a cargo del profesor José Ángel Ascunce, un recurso crítico-bibliográfico de gran valor que se ve potenciado por la acertadísima inclusión en cada uno de los volúmenes de un «Índice onomástico», herramienta que agradecerán, sin duda, todos los interesados en la obra y el pensamiento de Ímaz.

El panorama o cuadro general que de la producción original del pensador vasco nos ofrecen estas conmemorativas *Obras reunidas* puede calificarse, sin duda, de muy satisfactorio. La razón principal que sustenta este juicio reside precisamente en el principal criterio de ordenamiento seguido por los editores para organizar una obra tan diversa y miscelánea: el cronológico (el segundo volumen, pese a ser temático, apenas supone ruptura alguna de la secuencia temporal establecida por el primero). ¿Por qué? El hecho es que, si de cualquier escritor cabe decir siempre que *su propia vida* constituye, de alguna manera, un trasfondo de sentido de sus propios textos, relevante, por lo tanto, para su completa inteligibilidad, en el caso de Ímaz esto se destaca de manera eminente: *primus inter pares*. A nadie se le escapa hoy que, en su caso, la pluma siguió siempre muy de cerca, si es que no se confundió con, la derrota marcada, las más de las veces a duro golpe de timón, por su decurso vital. No es sólo que *su propia vida* se vea reflejada en o se exprese en sus páginas, ni tampoco que determine la orientación y el tenor de las mismas, sino que es *su propia vida* la que constituye el gran motivo intelectual inmediato de todas ellas. Podríamos hablar aquí de un motor consciente cuyo alcance sólo puede colegirse si se tiene presente el sentido radical que para Ímaz albergó la palabra *vida*, mucho más hondo, no ya del que comúnmente pueda sugerir el mero término, sino, incluso, del propuesto por algunos conceptos que elaboraran ciertos pensadores coetáneos suyos bien conocidos: la *propia vida* como un *deberse* no sólo «a sí mismo o a sus padres, o a sus compañeros o correligionarios, sino, primordialmente, a la comunidad humana»⁷. La *vida* como imperativo ético de humanidad. Desde luego, con una *consciencia* vital así, sobra todo comentario. Así pues, como observamos, el orden cronológico seguido por estas *Obras reunidas* no ha podido ser más acertado, haciendo justicia al motivo vital de Ímaz, cuya traza el lector puede seguir linealmente en el tiempo a lo largo de sus obras, captando la dinámica unidad de fondo. Como se ha apuntado más arriba, el segundo volumen, aparentemente organizado sólo por “tema”, en modo alguno desdibuja esta pintura. Todo lo contrario. En realidad, aquí no estamos más que ante un nuevo capítulo-expresión, el último de su vida, más extenso y concentrado, del motivo aludido, aquél en el que Ímaz quiso y pudo invertir sus últimas energías como escritor. Las que le restaron antes de que aquélla, *su propia vida*, acabara por devorarlo. Aunque no lo parezca a primera vista, todas las páginas poseen aquí cierto regusto testamentario, hecho que nos revela su idoneidad para captar lo nuclear del pensamiento del autor⁸.

⁷ ÍMAZ, E., «España y la cultura», *Luz en la caverna*, OR, I, p. 487.

⁸ En el ejemplar del segundo volumen al que hemos podido tener acceso observamos la existencia de un grave error de encuadernación entre las páginas 98 y 159 (*El pensamiento de Dilthey*), lapso en el que

Una de las primeras sensaciones que puede transmitir al lector no avisado la edición de *Obras reunidas* –posiblemente *completas*– es lo reducido de su conjunto, sugiriendo el retrato de un escritor escasamente prolífico. De ser así, la impresión no es engañosa. En comparación con otros pensadores que compartieron su misma circunstancia histórica, y a tenor de lo que hoy conocemos de su potencial intelectual, Eugenio Ímaz produjo muy poco (evidentemente, si se descarta como “obra propia” sus cuantiosas traducciones). La razón de este hecho merece un apunte clarificador: habitualmente se ha dado cuenta del mismo recurriendo al lugar común de que sus labores como traductor, todo lo comprometidas y excelentes que se quiera, no dejaron de ser más que una dedicación de mera subsistencia que copó un tiempo que él hubiese preferido consagrar a “sí mismo”. Aunque sea difícil negar esta evidencia, sin embargo, aquí también es posible que haya algo más. Javier Garcíadiego, a cuyo cargo está la introducción de *Obras reunidas*, así lo sugiere en el título de su presentación, estableciendo una comparación, como poco, curiosa: «Eugenio Ímaz: el Sócrates del exilio. Breve semblanza biográfica»⁹. Ni que decir tiene que al aludido no le hubiese agradado lo más mínimo un paralelismo tan altisonante, empero, aunque resulte excesivo, el parangón puede que se ajuste bastante a la realidad. En efecto, contamos con numerosos testimonios de que Ímaz no mostró nunca demasiada inclinación hacia las labores académicas y eruditas, de que era un pensador más dado a la palabra viva que a la letra o al discurso *ex cathedra*, por así decirlo, más al ágora que al púlpito e, incluso, más a la reunión de amigos, al conventículo íntimo de ideas, que a la plaza pública. Una preferencia con la que a todas luces casa el estilo de su prosa, la cual, sin rehuir la profundidad, resulta muy poco magistral, antes bien, posee el tono del discurso hablado, aquél que persigue a cada instante el fogaño espoleador del apotegma interrogador, más cercano, sin duda, a las revueltas mayéuticas del gran ateniense. Que a Ímaz le costaba escribir, invirtiendo mucho tiempo en la redacción de sus propios textos es un hecho conocido que añade verosimilitud a este “socratismo” insinuado por Garcíadiego. Un modo de ser filosófico que, si benefició a quienes lo conocieron y trataron, nos privó a las generaciones futuras de poder contar con un volumen más extenso y clausurado de obras originales.

Dejando a un lado impresiones generales, es menester referirse también a otros dos aspectos de esta edición de *Obras reunidas*, sólo en apariencia, meramente formales y secundarios. El primero de ellos, la sobria belleza de la misma, que a buen seguro hubiese hecho las delicias del autor, poco dado a la alharaca sapiencial y con un sentido del pudor que le hizo siempre desdeñar toda profusa demostración y pavoneo del intelecto –«Ímaz no fue nunca solemne ni pedante»¹⁰– para él, todo un indicio de pobreza

la paginación se halla completamente trastocada, entorpeciendo notablemente la lectura. A pesar de haber podido constatar la repetición de este mismo fallo en otros tomos, desconocemos el alcance del mismo, i. e., si afecta sólo a algunos números o a toda la tirada de la obra.

⁹ Las principales fuentes de este preámbulo son ASCUNCE, J. A., *Topías y utopías de Eugenio Imaz. Historia de un exilio*, (Barcelona, Anthropos, 1991) y los repositorios documentales de El Colegio de México y del Fondo de Cultura Económica (OR, I, p. 28, n. *).

¹⁰ MORENO VILLA, J., «Amistades literarias mexicanas y extranjeras», *Novedades, apud Recopilación de artículos y notas sobre la muerte de Eugenio Ímaz*, México, ILSA, p. 32. Los testimonios en este sentido podrían multiplicarse cuantiosamente.

de pensamiento. No se trata, insistimos, de una cuestión menor. Se corresponde con la manera de conducirse en la vida de Ímaz, caracterizada siempre por lo ahorrativo, y hasta austero, por lo contenido y conciso en todo (excepción hecha de las relaciones de amistad), también en sus palabras y en sus expresiones¹¹. En este sentido, no es exagerado afirmar, incluso, que su vida tuvo algo de ascética, incluida su muerte auto-inflingida, parte y parto de ella, un acto, quizá, de apocamiento purificador, de abreviación y aligeramiento de las ampulósidades ofuscadoras del mundo. Sin duda, es de lamentar que el precio de los dos volúmenes de *Obras reunidas* no armonice nada con la sobria hermosura de su composición. Todo un signo de los tiempos que nos hace dudar de un pronto cumplimiento del desiderátum expresado por los editores en la «Nota previa» en cuanto a un fácil acceso del «lector contemporáneo» a los textos de Ímaz.

La segunda de las cuestiones “menores” apuntadas posee mayor relevancia. Nos referimos al mismo título de *Obras reunidas*. Ni “completas” ni “antológicas”. La elección de la palabra resulta, a todas luces, acertada. La dispersión de los escritos de Ímaz, favorecida por su propia naturaleza, en su mayor parte breves y misceláneos, y apuntalada por la temprana muerte del autor, justifica, sin duda, la cautela de El Colegio de México a la hora de eludir el calificativo de “completas”, prevención que se explicita en la «Nota previa» con el siguiente descriptor: «toda la obra accesible e identificable»¹². Por otro lado, la evidente “casi completitud” de las mismas hace inasumible el empleo de “antológicas”; si bien, en este punto es preciso introducir una apostilla: el reconocido compromiso de Ímaz con su pluma, que hizo que jamás escribiese una sola línea a beneficio de inventario, confiere a todas sus páginas el potencial marchamo de lo seleccionable, algo de lo que se percatará todo aquél que se sumerja en ellas. Apenas encierran bajadas de tensión; en todas, la partitura del pensamiento de Ímaz se mantiene sin apenas altibajos en un mismo nivel de calidad y representatividad.

El título de *Obras reunidas* no sólo hace justicia a los escritos compilados, también al autor. ¿En qué sentido? Si se nos disculpa el empleo del término, podemos decir que “soteriológico”, es decir, salvífico. Lo que pretendemos decir con esto es que, de alguna manera, este mismo encabezamiento manifiesta o expresa a la perfección la importancia decisiva de la publicación, primero, como coronamiento del proceso histórico de recuperación de la memoria, una de las figuras señeras del exilio filosófico español de 1939 y, segundo, como salvaguarda de su legado intelectual. En efecto, por un lado, estas *Obras reunidas* constituyen la culminación de un largo proceso de rescate del olvido en el que cayó el filósofo tras su prematuro fallecimiento en 1951. Dejando a un lado la temprana aparición póstuma de *Luz en la caverna* así como la reedición en 1979 de *El pensamiento de Dilthey*,¹³ entre dicha fecha y finales de la década de los años 80 del siglo pasado sólo contamos con una obra de relevancia que mencione a Ímaz, la pionera *Filosofía española en América, 1936-1966* del profesor

¹¹ A modo de ilustración significativa, no está de más aludir aquí a los *Breviarios* del FCE, colección de libros de bolsillo a la que Ímaz contribuyó con cuantiosas traducciones durante su etapa mexicana y cuyo nombre pudo haber sido propuesto por él mismo.

¹² OR, I, pg. 11.

¹³ Además, por supuesto, del grueso de sus traducciones, que siguió reeditándose.

José Luis Abellán¹⁴. Fue este trabajo aislado, valioso por su excepcionalidad más que por la repercusión que alcanzara en su momento, el que, no obstante, puso las bases de lo que habría de llegar dos décadas más tarde con las impagables investigaciones y publicaciones de José Ángel Ascunce e Iñaki Adúriz en España. A ambos debemos, aparte de la reedición prácticamente completa de la obra de Ímaz,¹⁵ la publicación de su primera y, hasta la fecha, única biografía,¹⁶ así como de uno de los primeros estudios sistemáticos sobre su pensamiento¹⁷. Toda una laboriosa empresa de recuperación a la que no tardó en sumarse tímidamente el Fondo de Cultura Económica¹⁸ y que tuvo su broche de oro en un congreso internacional celebrado en el campus donostiarra de la Universidad del País Vasco con ocasión del primer centenario del nacimiento del filósofo (*Eugenio Ímaz en su centenario: San Sebastián, 1900-Veracruz, 1951*¹⁹). Si a partir de este instante puede decirse que la figura y la obra de Ímaz dejaron de ser desconocidas, despertando el interés de numerosos investigadores y estudiosos, con todo, la escasa incidencia de esta restauración al otro lado del océano, principalmente en lo que a la reedición de su obra se refiere²⁰, llevó a El Colegio de México a plantearse la posibilidad de volver publicar todos sus escritos en una obra conjunta, proyecto que ha acabado materializándose en las presentes *Obras reunidas*, una realización editorial merced a la cual —si es cierto que toda memoria es “reunión” y toda “reunión”, memoria— hoy podemos afirmar que el olvido de Ímaz ya es, definitivamente, cosa del pasado. Por otro lado, como decimos, esta nueva edición de sus textos, reunificados y reordenados, ha venido a apuntalar definitivamente la preservación de su legado intelectual, mérito que debe atribuirse a la constitución de un genuino conjunto o corpus, algo no enteramente alcanzado por las ediciones de Ascunce y Adúriz. Ímaz dejó su obra inconclusa y dispersa. En el momento presente, para lo primero ya no hay remedio, para lo segundo, sí. Si se nos permite la imagen un tanto macabra: sus *Obras reunidas* han acabado por rescatar también al pensador de su estado de descomposición, dándole nuevo cuerpo, resucitándolo efectivamente para los tiempos venideros.

Aunque no sea éste el lugar ni el momento de profundizar en el pensamiento de Eugenio Ímaz, cuyas coordenadas filosóficas podrían referenciarse con unos cuantos

¹⁴ Madrid, Guadarrama (Seminarios y Ediciones), 1967. Obra con una segunda edición muy modificada en 1998: *El exilio filosófico en América. Los transterrados del 39*, México, FCE.

¹⁵ En *Topía y utopía. Eugenio Imaz II*; edición y prólogo de José Ángel Ascunce, San Sebastián, Mundaiz, Universidad de Deusto, 1988; *Luz en la caverna. Eugenio Imaz III*; edición y prólogo de José Ángel Ascunce, San Sebastián, Mundaiz, Universidad de Deusto, 1988; *La fe por la palabra. Eugenio Imaz I*; edición y prólogo de José Ángel Ascunce, San Sebastián, Mundaiz, Universidad de Deusto, 1989; *En busca de nuestro tiempo. Eugenio Imaz*; edición y prólogo de Iñaki Adúriz, San Sebastián, J. A. Ascunce Editor, 1992.

¹⁶ ASCUNCE, J. A., *Topías y utopías de Eugenio Imaz. Historia de un exilio*; Barcelona, Editorial Anthropos, 1991.

¹⁷ ADÚRIZ, I., *Eugenio Ímaz: una filosofía de la vida. Conciencia y espiritualidad*, San Sebastián, Universidad de Deusto, 1995.

¹⁸ Con ASCUNCE, J. A. (compilador), *Eugenio Imaz: Hombre, obra y pensamiento*; Madrid-México, FCE, 1990.

¹⁹ Las actas de este congreso fueron publicadas por la Editorial Saturrarán con el título de *Eugenio Imaz. Asedio a un filósofo* (José Ángel Ascunce y José Ramón Zabala [Coordinadores], San Sebastián, 2002; 398 pp).

²⁰ Así se reconoce en la «Nota previa», OR, I, p. 12.

términos generales orientadores (humanismo, personalismo, espiritualidad, historicismo, republicanism, etc.), a modo de conclusión de estas líneas es preciso incidir en uno de los elementos medulares de su biografía intelectual. Nos referimos a algo que tanto su vida como su obra ponen de manifiesto como una de las constantes de su universo mental: su permanente *conciencia de ruptura o desgarro*. Ésta, alimentada personalmente desde su más tierna infancia y que alcanzó escala abismal con ocasión de la Guerra Civil española y el posterior exilio²¹, constituyó el leitmotiv fundamental de todos sus quehaceres filosóficos, todos ellos dirigidos a dar con alguna una gran vía de síntesis conciliadora. No le fue posible, aunque entreviera una posibilidad, siquiera programática, en las ideas de su adorado Dilthey. Sus palabras en relación con el historicismo del alemán no pueden resultar más reveladoras:

«No se trata de *superar* el historicismo, sino de *hacer* un buen historicismo. Un historicismo que, en fin, conciliara la filosofía y la historia, los filósofos e historiadores, lo universal con lo concreto: un historicismo que curara nuestra *consciencia desgarrada*, estableciendo la unidad de la experiencia humana y haciendo llevadero el problema del mal por el poder tranquilo que sobre él nos diera. Es el historicismo hacia donde apunta –“No veo la meta, no sé si llegaré a ella”– y para el que ha abierto tan profundo surco nuestro Dilthey»²².

Esperemos que, al menos de manera póstuma, estas *Obras reunidas* de Ímaz puedan servir también para suturar un tanto las profundas heridas del pensador donostiarra. Sea así o no, en cualquier caso, el lector hallará en ellas al filósofo nuevamente reunido. Un pensador que, de tan apegado al suelo, salió despedido hacia el éter, no en montura clavileña sino, parafraseando al propio Ímaz, en cohete “que echa chispas”. No pudo ser de otro modo; a los genuinos aventureros del pensamiento la tierra siempre se les antojó cielo.

²¹ Sobre la crucial relevancia intelectual de la guerra en el pensamiento de Ímaz véase el iluminador artículo de Antolín Sánchez Cuervo, «Eugenio Ímaz y la guerra contra la guerra.», *Arbor*, CSIC; Vol. 185, Nº 739 (2009); 1035-1044.

²² *El pensamiento de Dilthey*, OR, II, pp. 404-405.